

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Las Hojas amarillas [ poesía ], por don Pedro de Vera.—Viva y muerta, por don E. Hernandez.—Necrologia.—El Abanico, por don E. Blancas.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de detalles.*

## INSTRUCCION.

### CARTAS Á JULIA.

XXX.



**P**ARTIMOS, pues, al rayar el alba, y sus reflejos todavía inciertos y sonrosados, prestaban una magia indefinible á aquella naturaleza, que aunque agreste, no carece de magestad y de atractivos.

En efecto, las sierras que componen el territorio de Urdes están cubiertas de brezos, madroños, y en algunos parajes de romero, zarzaparrilla, y algunas otras plantas aromáticas y medicinales. En los valles y gargantas que forman las inmensas elevaciones, se encuentra algun monte de encinas, alcornoques y pinos, y cerca de las aldeas, subiendo de ellas á las sierras, se ven plantíos de castaños, ingeridos por los mismos naturales, cuyo fruto es muy bueno, y que los pobres usan en lugar de pan, y algunos olivares, cuyo aceite seria aceptable si tuviesen medios con que poder elaborarlo; pero en las alturas solo se observan riscos escarpados y horrorosos despeñaderos, de modo que contemplados desde las profundísimas y angostas vertientes, que apenas merecen el nombre de valles, al pensar que nos cercan por todas partes, y que no se divisan caminos practicables para subir á ellos, el alma se estremece y créese hallarse en un mundo dis-

tinto; en una sima horrible, de donde no podrá salir jamás.

¡Figúrate, pues, todos aquellos agrupados peñascos, todas aquellas moles graníticas, envueltas en un velo azulado, que termina en un dosel de oro y de grana; figúrate la luz bajando majestuosamente de las alturas é invadiendo los llanos, filtrándose por entre las hojas de los árboles, y descendiendo á jugar sobre la temblorosa superficie de las aguas; figúrate, por fin, á la naturaleza despertando por grados alegre y risueña, y saludando con cánticos armoniosos á la naciente aurora, y comprenderás las desconocidas sensaciones que experimentaba mi alma. Estaba sobrecogida por un santo respeto: me parecia que me hallaba en un augusto é inmenso templo, en donde cada átomo de polvo reflejaba la imágen del Criador Supremo. Los rumores que se elevaban de los bosques, de las aguas; las armonías que subian acrecentándose hasta las alturas para perderse en los cielos, me parecían plegarias, y tuve que hacer un esfuerzo para no postrarme y orar!....

No hay nada mas bello en la creacion que los dos poéticos y misteriosos instantes de nacer y morir el sol, cuando nos hallamos en los campos solitarios en donde todo es recogimiento, y pudiendo contemplar con el espíritu libre y tranquilo los magníficos cambiantes del cielo, y los diversos matices que va tomando la tierra. Los ecos que nacen ó espiran, son ecos suaves y distintos, que en nada se parecen á los ecos confusos y tumultuosos de las ciudades: aquí al través del susurro de las aguas, de las hojas; del aleteo de los pájaros y el murmurar de las fuentes, se oyen los ladridos del perro, el canto lejano del pastor, el cencerro de las ovejas, y el rumor de voces

conocidas y amigas, que despiertan al mismo tiempo en nosotros los mas dulces sentimientos: Dios, la patria, la familia, sentimientos que responden á la vez á nuestras dos naturalezas, divina y humana, sumiendo el alma en un piélago de inesplicables delicias.

Eduardo estaba mas animado que de costumbre. Por la primera vez dejó de tratarme como á una niña, respondiendo con bondad á cuantas preguntas le hacia.

¡ Ah! es que no hay como el espectáculo de la naturaleza, para hacernos buenos, amantes y expansivos: al leer ese prodigioso libro, cuyas hojas todas ostentan en grandes caractéres el amor de Dios hácia los hombres, el hombre se siente dispuesto á amar á las criaturas, para agradar á Dios.

Hablamos largamente de nuestro proyecto. Eduardo mas frio, mas razonado, solo buscaba las dificultades; nosotras de imaginacion mas viva, de fé mas ardiente, de un alma mas entusiasta, las simplificábamos y las vencíamos.

—¿ Vés cuán útil es que la mujer tenga su parte en el consejo? decia la abuela sonriendo; siendo la mujer el complemento del hombre, Dios la ha dotado de aquellas cualidades que á éste le faltan, y si por un lado están la razon, la prudencia y el aplomo, por el otro se hallan la viveza de pensamiento, el instinto de lo maravilloso y el arrojo del entusiasmo, para que de la reunion de estas distintas cualidades, salgan la luz y la armonia.

Tú eres la razon, que calcula, pesa y medita; nosotras el estímulo que te arrastra, y hace que no sea infructuoso el trabajo de tu mente, venciendo á la irresolucion y la cobardia, que te detienen en medio de tu camino.

Llegamos á la nueva posesion, que constituia un vallecito, dividido en dos por la corriente del rio. Parecia un canastillo de flores, entre las cuales se escondian jugueteando mil arroyuelos deliciosos, y algunos árboles copudos daban asilo en su ramaje á los pintados pajarillos. Aquel lugar era tanto mas bello, cuando estaba circuido completamente por altos peñascales, que se elevaban en anfiteatro, escondiendo su cima entre las nubes.

Allí almorzamos, debajo de una encina que parecia proteger á los demás arbolillos con su sombra venerable. Pero ah! aquel cuadro grato y apacible, fué sombreado repentinamente por tres figuras hediondas y salvajes, cuya escualidez contrastaba con la espléndida abundancia de la naturaleza y la magnificencia del cielo.

Eran tres mendigos; pero tres mendigos tales como únicamente se conocen en los Urdes. Una mujer,

un hombre y un niño, cuyos vestidos andrajosos se reducian á un pedazo de piel de cabra, ó á un costal viejo de los que sirven para hacer el aceite, y esto con tal escasez, que apenas cubrian lo mas preciso del cuerpo. Ninguno de los tres llevaba zapatos, y sus cabellos en desórden daban una espresion casi feroz á su tostado rostro.

Aunque estos encuentros son tan comunes en los Urdes, confieso que tuve miedo; pero del miedo pasé á la compasion, viendo los ojos de los tres fijos ávidamente en nuestras provisiones. Por un arranque del corazon, cogí mi parte de almuerzo y corrí á ponerla en sus manos callosas y ennegrecidas. El hombre y el niño, no comieron, devoraron; pero la mujer, despues de haberlo llevado á sus labios, lo guardó, suspirando, en su zurrón.

—Para qué lo guardas? preguntó la abuela.

—Para mi madre, que está enferma, y no puede salir de casa.

—Vives muy lejos?

—Ahí, detrás de aquel encinar.

—Pues come, y luego iremos contigo, y la llevaremos todo lo que nos sobre.

La mujer se puso á comer tan ávidamente como sus compañeros, y apenas nos dió las gracias, porque es tal el embrutecimiento de estas pobres gentes, que solo obran por instinto.

¿ Hubieras tú creído, Julia, que á tan corta distancia de Madrid, existiese una comarca, cuyos moradores únicamente pudiéramos soñarlos, colocados en las estepas de la Siberia, ó en alguna isla salvaje y desconocida? Y sin embargo, es cierto. Mañana te haré una pintura fiel de su miseria y del abyecto estado en que se encuentran.

ÁNGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### LAS HOJAS AMARILLAS.

Mira, Isaura, cual corren

Las hojas amarillas,

Y en fuertes remolinos

Por el camino giran.

Ayer su sombra dieron

Á un pueblo de a vecillas

Que en la estacion de amores

Entre el follaje anidan;

Hoy el verdor perdido,  
Del árbol desprendidas,  
Juguete son del viento,  
Que en la alameda silba.

Así pasan, Isaura,

Las glorias de la vida:

Así también pasaron

Las ilusiones mías.

Te acuerdas de aquel tiempo

En que, inocente niña,

Á mi amante esperanza

Tu amor correspondía.

Corríamos alegres

Los bailes de la villa,

Pintada en tu semblante

Del gozo la sonrisa.

¡Qué proyectos entonces

Formábamos de dicha!

El porvenir qué grande,

Qué hermoso parecía!

Mas al pasar los años

De aquella edad florida

Cual humo se deshizo

Tan bella perspectiva.

Del hombre las edades

Las estaciones pintan,

Y en él la edad madura

Al triste otoño imita.

Ya las tardes brumosas,

Y las mañanas frías,

Que el invierno se acerca

Bien claramente indican:

Ya la granja abandonan

Las honradas familias

Que en verano la ocupan

Y tórnanse á la villa.

Sigámoslas, Isaura,

Que allí el placer convida,

Y aquí el campo está yermo,

Y dá melancolía.

Y el cierzo crudo arranca

Las hojas amarillas,

Como el tiempo inclemente

Las ilusiones mías.

PEDRO DE VERA.

## VIVA Y MUERTA.

### I.

Estamos en 1753 y en los alrededores de Munich. Adolfo Rennberg veía ya dibujarse en el horizonte el campanario de la iglesia de su pueblo.

En uno de los recodos del camino encontró á Margarita, hermosa aldeana, de la que habia sido novio, cuando iba á la escuela del maestro Stephan.

Parecióle menos risueña que en aquellos felices dias de su niñez. Margarita reconoció á Adolfo, pero en vez de fecilitarle por su regreso, echó á correr como atemorizada, y desapareció, ni mas ni menos que una vision. Adolfo no dió importancia á este incidente, y continuó su camino hácia el hogar paterno.

De dónde viene? quién es Adolfo Rennberg? me preguntareis. Viene de la Universidad de estudiar medicina, y es, por lo tanto, médico. En cuanto á su carácter, os diré: que era sencillo á la par que entusiasta; que se dejaba arrastrar por la corriente de la vida como una hoja seca por la corriente de un rio; que amaba á su familia con ceguedad, y con locura á su perro de caza y á su pipa. Durante su permanencia en Munich, habia contraido la costumbre de concurrir á las cervecerías, ó mejor dicho, de vivir en ellas, pues no es decible lo que gozaba contemplando, al través de una atmósfera de humo, á los jugadores de ajedrez y á los bebedores de cerveza agrupados alrededor de las mesas. Pintor, hubiera llegado á ser uno de los mas brillantes discípulos de Brauer; poeta, hubiera imitado á Hoffmann. Pero no obstante esta costumbre, este hábito, cultivaba con esmero las flores del amor en el fondo de su alma: no hay poeta aleman que haya soñado cosas mas dulces. Poseia el instinto de los contrastes, y en mas de una ocasion, allá en el fondo sombrío de una cerveceria, entre el ruido de los vasos y el humo de los cigarros, se le aparecieron las mas seductoras imágenes del amor.

Apenas volvió á ver á Margarita, que era la alemana mas fresca y mas rubia que he conocido, reanimóse el fuego del amor que, siendo niño, le habia inspirado. Tenia veinte años y vivia con su padre, atejada del mundo, pues solo se la veia en el pueblo una vez á la semana. Los ociosos y los murmuradores hacíanla protagonista de historias portentosas, increíbles. Decíase que un cazador desconocido habia intentado robarla una noche de Mayo, sin que ella opusiese resistencia alguna, pero sí su padre, que velaba por su honra sin descanso. En efecto, el padre de Margarita era hombre de principios austeros: nuevo Virginio, hubiera matado á su hija antes de

verla deshonrada. Y tanto por evitarlo, como por dar término á las hablillas del vulgo, determinó casarla con un primo suyo que residia en Monz.

Súpolo Adolfo, y no obstante continuó amándola con toda la esperanza y todo el fuego de que son capaces las almas como la suya. Estaba en la edad del amor; habia llegado su hora. Temió en un principio verse desairado, pero algunas miradas de Margarita le revelaron que no era del todo indiferente á su cariño, ó cuando menos que le agradecia. Un hombre docto en la materia, hubiera traducido aquellas miradas en estos ó parecidos términos: « Si no amára á otro, os amaria á vos. »

De improviso cayó enferma Margarita, y como las malas nuevas se difunden con la celeridad del rayo, llegó la de su enfermedad á los oídos de Adolfo primero que á los de otro cualquiera. Su padre acababa de partir para Flandes. El médico del cortijo residia á dos leguas de él, y esto le hizo concebir la esperanza de que le llamarían para asistirle, siquiera por estar mas á mano. Pero no fué así. El mismo dia vió entrar en Hartz al médico de Wessel. Quiso seguirle, pero el orgullo le detuvo. « Me llamarán, se dijo, y retrocedió. » Al dia siguiente el amor volvió á llevarle al cortijo. En el momento que, decidido á todo, hasta á arrostrar el ridículo, iba á penetrar en él, vió salir al médico, le preguntó por Margarita, y supo que habia muerto.

—Muerto! exclamó Adolfo.

—Hasta las uñas, contestó el doctor espoleando su mula; no siempre vence la ciencia.

—Yo la hubiera salvado! murmuró Adolfo.

—Vos! contestó el doctor volviéndole la espalda.

Adolfo regresó á su casa afligido, desesperado: aquel dia no vió ni habló á nadie. Por la noche apenas pudo conciliar el sueño: al despertar, se apoderó de su corazon el deseo de ver con sus propios ojos, de tocar con sus propias manos el cadáver de la primera mujer que habia amado, antes de que la entregáran á los sepultureros: ¿era su deseo hijo de una duda, de un presentimiento? Cuando llegó al cortijo, Margarita habia ya sido colocada en el atahud; cuatro jóvenes vestidas de blanco, oraban arrodilladas á su lado, y no se atrevió á profanar el último refugio de su amada: se arrodilló y oró, y terminadas sus preces volvió á tomar el camino de Hartz. Para ir á su casa habia que pasar por la iglesia; entró en ella maquinalmente, se arrodilló, y reclinó la cabeza en la piedra de una pilastra. En esta postura permaneció por espacio de mucho tiempo, solo, enteramente solo, escuchando el doblar de las campanas, contando los latidos de su corazon, y el corazon y los ojos clavados en el paño que debia cubrir el atahud de Margarita, último adorno de los que abandonan el mundo. Sacóle de su abstraccion el rumor producido por los pasos de una persona que se acercaba lentamente: volvió

la cabeza y vió á un hombre, en traje de cazador, que subia la escalera del átrio. Su aspecto sombrío y la mortal palidez de su semblante, le impresionaron vivamente. El cazador, una vez en el átrio, dejó la escopeta bajo la custodia de su perro, y entró en la iglesia, poseido al parecer de una profunda abstraccion. Despues de haber dado algunos pasos, retrocedió precipitadamente, se acercó á la pila del agua bendita, mojó sus dedos en ella, é hizo la señal de la cruz. Adolfo comprendió que no estaba acostumbrado á frecuentar aquellos lugares, á los que sin duda le llevaba un recuerdo. El cazador, al pasar por delante del túmulo, se inclinó profundamente y atravesó la iglesia, cada vez mas ensimismado: detúvose en una capilla, y se arrodilló á los piés de una Virgen coronada de siemprevivas. Adolfo no le perdió de vista hasta que el fúnebre cortejo entró en la iglesia. En cuanto las amigas de Margarita se arrodillaron en torno del atahud, que contenia sus restos mortales, y resonaron las oraciones con que la Iglesia saluda á los muertos, solo pensó en su amor y en la felicidad que hubiera sido para él morir el mismo dia que su amada. Los cantos cesaron; la comitiva abandonó la iglesia... y él buscó en la soledad de un bosque cercano, sino tregua, alivio á su afliccion. Sentóse en una roca cubierta de musgo, al pié de un moral silvestre, desde la cual, en mas felices tiempos, contemplaba la casa de Margarita, y entonces el cementerio. Los sepultureros, sentados en la yerba, departiendo alegremente, esperaban que terminase la misa. Adolfo creyó ver entre ellos al cazador que habia turbado sus sueños, y que desapareció apenas entró en el cementerio el cortejo fúnebre. Desventurado! Cuánto no padecería al contemplar á aquellos hombres, á aquellas doncellas, en el imperio de la muerte, indiferentes á su dolor! Unos y otras se dispersaron, despues de haber orado y humedecido con sus lágrimas la losa sepulcral; el cementerio volvió á su soledad y á su calma. El cielo estaba despejado: el viento gemia tristemente entre los árboles. La calma y la melancolía de la naturaleza dulcificaron la inquietud y la desesperacion de Adolfo: oró por el reposo del alma de Margarita, y Dios, compadecido de él, permitió que despues de orar, llorase.

## II.

Era de noche cuando llegó á Hartz y á casa de su madre, que era una anciana que vivia en el amor de Dios y en el de sus hijos. Pero al ir á traspasar sus umbrales, distinguió á corta distancia al cazador y á su perro, que se disponian á entrar en una cervecería.

Picado por la curiosidad, siguióles: la cervecería estaba llena de borrachos, entre los que distinguió á los sepultureros, al sacristan y al monaguillo, que se consolaban de la muerte de Margarita vaciando bo-

tellas de cerveza. Adolfo, al entrar, solo vió una nube de humo; pero poco á poco distinguió como una veintena de hombres, sentados alrededor de una mesa, y respirando con verdadera fruccion los perfumes de la cerveza, del vino y del tabaco. En un rincon de la sala estaban el cazador y su perro; aquél recostado en la pared, y éste tendido á sus piés. Buscó una mesa y una silla en que sentarse, y no encontrando una ni otra, sentóse al lado del cazador. Aquellas dos cabezas inclinadas por el dolor, aquellos dos semblantes demudados por el sufrimiento, contrastaban de una manera singular con las fisonomías risueñas y burlonas de los bebedores. Al sentarse Adolfo, pisó una oreja al perro, que abrió la boca refunfuñando, no tanto por el pisoton, como porque no le parecía bien que una persona desconocida se sentara á la mesa de su amo; éste le detuvo, y le tranquilizó con una palabra. Adolfo le hizo una caricia, y el animal, sin cesar de gruñir, volvió á su posicion primitiva. Gracias á este incidente, los dos jóvenes trabaron conversacion; se ofrecieron mutuamente tabaco y cerveza, y en menos que canta un gallo, como se dice vulgarmente, médico, cazador y perro, se hicieron amigos. Llegada la hora de cenar, fueron unos detrás de otros desfilando los parroquianos de la cervecera, y nuestros tres amigos quedaron solos, perfectamente solos, si se exceptúa la dueña de la casa, que hilaba detrás del mostrador cuando el dueño se lo permitia.

—Señor doctor, dijo el cazador, despues de una breve pausa, he oido decir que Margarita ha muerto de un pasmo, ¿la habeis visto vos morir?

—No.

—Me parece, continuó el cazador palideciendo, que la han enterrado demasiado pronto.

—Lo mismo digo yo, exclamó la cervecera desde el mostrador: siempre se procede de ligero en semejantes casos. Nunca me olvidaré de una señora de Munich, que murió de repente un jueves por la noche, y la enterraron al dia siguiente por la mañana, lo que no impidió que volviese á la vida, gracias á un sepulturero, que la misma noche la desenterró para robarla un anillo que llevaba en un dedo. Todavía vive: al menos yo la he visto el año pasado.

El cazador se sonrió.

—Tengo entendido, dijo Adolfo, que esa historia no es una novela: yo pudiera referiros otras no menos sorprendentes. Cuál es el origen de los cuentos de aparecidos y de vampiros? No es otro, á mi ver, que esas horribles equivocaciones, hijas de la precipitacion con que se procede á dar sepultura á los cadáveres. Pudiera escribirse una novela notable acerca del particular.

—A propósito de novelas, dijo el cazador, recuerdo que el Baron de Waldstein, fué víctima de una de esas equivocaciones.

—Igualmente que un Emperador de Oriente y un Cónsul romano. Registrad algunos escritos, dignos de crédito, como los de Sancisi, Bruhier y Winslow, y encontrareis mas de un suceso parecido al de la señora de Munich y el Baron de Waldstein: aun la historia nos los ofrece á cada paso. Precisamente no hará un mes que en un número del *Diario de los Sabios*, que por casualidad llegó á mis manos, leí lo que voy á referiros.

La cervecera dejó su huso, y se acercó á la mesa; el cazador llenó de nuevo su vaso, y Adolfo comenzó su relato de esta manera:

Una señorita de la aristocracia, esposa de un coronel inglés, sucumbió víctima de un síncope, producido por una enfermedad desconocida. El coronel, acaso por presentimiento, no creyó que su mujer habia muerto, y no permitió que la sacáran del lecho; no obstante las leyes del pais lo prohibian. Rechazó violentamente á cuantos le decian que era indispensable enterrarla, y declaró que levantaria la tapa de los sesos al que le arrebatara el cuerpo de su esposa. La Reina de Inglaterra, sabedora de su profundo dolor, y de su singular tenacidad, mandó á uno de sus gentiles hombres á suplicarle que desistiera de su empeño, y no privara á su mujer de los honores de la sepultura. Él la contestó que le era dolorosísimo no poder acceder á su ruego, y que á su vez la suplicaba que le dejasen el cuerpo de su esposa. Pasaron ocho dias: milady no daba señales de vida; el coronel desesperado, la apretaba las manos, y se las bañaba de lágrimas; pero al fin una mañana, al toque de la primera misa, se despertó de su sueño, é incorporándose, exclamó: «Debe ser el último toque: ya no llego á esta misa.»

La cervecera volvió á tomar su huso, y á ocupar su puesto detrás del mostrador.

—Al menos, dijo, no despertó de su letargo en el fondo de una sepultura.

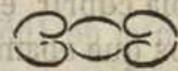
—Oh! esa idea me estremece... volver á la vida encerrado en un atahud!.. Es un suplicio digno de los pueblos bárbaros. Resucitar en semejante prision, debajo de tierra, envuelto en un sudario... resucitar para morir gritando y luchando inútilmente.... Oh! eso será horrible..... horrible.....

El cazador se levantó como para rechazar aquella idea.

—A Juan Scott, continuó Adolfo, le hallaron en su atahud con las manos mordidas, y la cabeza hecha pedazos..... No supisteis.....

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.



## NECROLOGIA.

El señor D. José María de Larrea ha fallecido el sábado 21 á la temprana edad de treinta y tres años.

Esposo y padre amantísimo, ha amargado sus últimos momentos la idea del abandono en que dejaba á su esposa y á sus tiernas hijas, porque ha muerto, como mueren la mayor parte de los escritores en España: POBRE.

Poeta inspirado y elegante, sus obras líricas y dramáticas, entre las que merecen citarse con aplauso *Ellas y nosotros*, *No es oro cuanto reluce*, *La Duda* y *La Ocasión*, le destinaban un puesto distinguido en la historia de la literatura moderna; la muerte ha venido á dárselo prematuramente.

Los redactores del CORREO DE LA MODA, compañeros y amigos suyos, dedican estas líneas á su memoria.

¡Dios le haya recibido en su santa gracia!

## EL ABANICO.

El verdadero origen del abanico se desconoce completamente: unos le atribuyen á Kaniz, hija de un mandarin chino, y otros á una egipcia, cuyo nombre, ó no ha llegado hasta ellos, ó no han querido tomarse la molestia de inventar.

En Asia, en Grecia y en Italia, se conocían desde época remota, y se construían de plumas de pavo; como en algunos puntos de América los esclavos los agitaban al lado de sus señores, para que, con la frescura restaurasen su fuerza ó conciliaran el sueño. Andando el tiempo los adoptaron los diáconos de la Iglesia de Oriente, y se servían de ellos para espantar las moscas mientras los sacerdotes oficiaban.

No tardó en estenderse el uso del abanico en Europa: en Inglaterra se conocía en el reinado de Ricardo II y de Enrique VIII. Segun una tradicion, que parece digna de crédito, los perfumistas italianos, que siguieron á Catalina de Médicis á Francia, introdujeron en este reino los *aventadores*, que no se llamaron *abanicos* hasta mediados del siglo XVII, y que se reducían á cierto número de plumas de pavo, convenientemente colocadas en una especie de barillaje de plata ó de marfil; un abate florentino les dió la forma que tienen, pero no la lijereza y la elegancia que hoy los distinguen.

En tiempo de Catalina de Médicis y de Enrique III todas las señoras de la córte usaban abanico, no siendo adoptado por la clase media hasta transcurridos algunos años. Cuando en el de 1656 se trasladó á París la reina de Suecia, Cristina, preguntáronla algunas *preciosas*, qué la parecían los abanicos, y ella les

contestó:—«Me parecen objetos inútiles: ¿no os basta el *aire* que teneis en la cabeza?»—Su siglo de oro fué el reinado de Luis XV, no solamente porque se convirtieron en un objeto de arte, sino porque la manera de manejarlos era la verdadera piedra de toque de una mujer elegante. Un escritor de aquella época afirma que no bastaba nobleza, talento ni virtud á salvar del ridículo á la mujer que le manejara *vulgarmente*.

La baronesa de Chapt, en su *Filosofía del tocador*, indica hasta ciento y tantas maneras de manejarle. En una carta de Adisson, dirigida al *Espectador inglés*, se lee: «Las mujeres hacen á menudo tantas proezas con los abanicos, como los hombres con las espadas. Con objeto de que se instruyan en el manejo de esta arma, he establecido una academia, y me lisonjeo de perfeccionarlas en esta ciencia en un breve espacio de tiempo.»

En los primeros años del matrimonio de María Antonia con el conde de Provenza, despues Luis XVIII, éste regaló á su cuñada un magnífico abanico con estos versos, grabados en el barillaje:

Quando el calor tu cuerpo debilita  
refrescaré tu frente con mi aliento,  
que es la brisa que juega con las flores  
y la roba el perfume de su seno.

Los cortesanos los aplaudieron *calorosamente*, y el conde de Provenza, que tenia grandes pretensiones literarias, dejó modestamente que se los atribuyeran, siendo del poeta Lemierre.

Quando la Revolucion cesó, volvió á reaparecer la moda del abanico, y en tiempo del Imperio y de la Restauracion se desenfrenó hasta el punto de uncir á su carro de victoria á los hombres. Dice un periódico de aquella época, año 1820: «Decididamente los abanicos están de moda en los paseos y en los teatros: nadie asiste á ellos sino provisto de esta arma femenina, que llegará á ser tan temible en mano de los hombres, como siempre lo ha sido en la de las mujeres, que por espíritu de contradiccion empiezan á abandonarla. En el vestíbulo de cada teatro hay un puesto de abanicos, y anoche en el de la Opera cómica se han vendido dos mil de estos instrumentos, que parecen llamados á reemplazar á los silbidos; en un momento de fastidio empezaron á abrirse y cerrarse con tal fuerza, que no era posible entender á los actores una palabra.»

Los abaniqueros en 1789 formaban un gremio respetable: actualmente no tienen número, por lo infinito que, como otras muchas, se ha estendido esta industria. Finalmente, y en testimonio de cuanto contribuye un objeto de lujo á disminuir la miseria, procurando trabajo al obrero, añadiremos que un abanico pasa por quince manos hasta ponerse á la venta.

(Arreglo.)

E. BLANCAS.

## TEATROS.

Ninguna producción de grande importancia se ha estrenado durante los últimos ocho días, pero no por eso dejamos de tener asuntos de que hablar, pues además de alguna que otra novedad, se han verificado funciones que bien merecen mención especial. El mes corriente es por otra parte poco á propósito para estrenos de obras, pues próxima como lo está la temporada de Pascuas, en que hay tradicional costumbre de ir al teatro, para ella guardan sus trabajos y esfuerzos autores y empresarios.

No hace muchas noches se representó por primera vez en el coliseo de la ZARZUELA una en un acto titulada *Los suicidas*. Esta obra es una prueba más de la infecundidad ó pereza de ciertos autores, que en vez de crear nuevas fábulas para dar forma á sus pensamientos, se contentan, aun con menos que traducir, con acomodar á la hechura de zarzuela comedias ya conocidas y anteriormente arregladas á la escena española. Que alguna vez, muy de tarde en tarde, se hicieran estas metamorfosis, pase, si lo exigian las obras objeto de aquellas; pero hacerlas por costumbre y casi exclusivamente, revela completa falta de amor al arte, ó estéril imaginación. Tales consideraciones pueden adaptarse á *Los suicidas*. Tomada de la escena francesa por el inolvidable Fíguro y elegantemente arreglada á la española, ha sido esta comedia convertida en zarzuela por el señor Camprdon quien la ha escrito en versos seguramente característicos de su manera peculiar. *Los suicidas* se titularon en otro tiempo *Tu amor, ó la muerte*. Tiene algunas escenas graciosas y un buen fin moral, pero de su parte literaria no se pueden hacer grandes elogios.

La música de *Los suicidas*, compuesta por el señor Fernandez Caballero, es fácil y agradable en lo general. Sin resplandecer en ella ninguna cualidad sorprendente, ningun rasgo de novedad y atrevimiento, es oída con gusto, por sus ligeros motivos y por sus formas regulares. Tal es la opinion que nos inspiró en conjunto: quisiéramos poder señalar con detenimiento sus pasajes más importantes, pero no es posible por falta del espacio necesario.

Ya que hablamos de teatros líricos pasaremos, aunque brevemente, al REAL que es el que verdaderamente ostenta este nombre. En él se han cantado durante las últimas noches tres óperas, nuevas en la presente temporada aunque muy conocidas y populares. *Martha* ha sido la primera de ellas. En esta bella inspiración de Flotow la ejecución ha sido muy atinada, llevándose el honor del triunfo la señora Lagrange, y el señor Bettini, admirable en fuerza y expresión. Ha seguido *Lucia*, imperecedera creación

de Donizetti, de cuyo desempeño se pueden decir también muchos elogios. La señora Lagrange los ha conquistado como siempre en el papel de protagonista, y el señor Fraschini ha rayado en el de Edgardo á una altura eminente. En esta ópera ha salido el distinguido tenor por primera vez en la presente temporada. Después se ha hecho *Polinto*, pero al presente no podemos hablar todavía de su éxito.

Varias han sido las funciones teatrales dedicadas á honrar el aniversario del natalicio del inmortal Lope de Vega, *fénix de los ingenios*. En todas ellas se ha echado de ver el noble interés con que los actores de la corte han querido honrar la memoria del gran poeta é inexhausto escritor dramático, gloria de España y admiración del mundo. Esta costumbre de tributar obsequios ante el nombre de los hijos ilustres de la patria, es una feliz costumbre que cada día debe arraigarse más entre nosotros, si amamos nuestras propias glorias. ¡Qué mejor estímulo para este noble pueblo que el recuerdo de los altos ingenios que han revestido de esplendor el nombre de nuestra madre común!

En tres coliseos se han representado á la vez tres obras distintas del inmortal poeta. El PRINCIPE ha reproducido la que hace años no se ejecutaba, *Lo cierto por lo dudoso*, en la cual ha sobresalido con alta justicia doña Matilde Díez. También ha vuelto á ponerse en escena la loa del señor Gonzalez de Tejada *El laurel de Apolo*, y se han leído composiciones poéticas alusivas.

El coliseo que lleva el nombre del festejado ingenio ha ofrecido otra obra que en este mismo año ha alcanzado muchos aplausos, *El perro del hortelano*. No hay para qué decir si se ha distinguido ó no en ella la señora Lamadrid, pues harto conocen todos su delicado acierto en esta producción. En este teatro se ha leído un romance biográfico de Lope, admirablemente escrito, como del señor Hartzembusch.

VARIEDADES ha estrenado un discreto *apropósito* compuesto por el señor Vega, titulado *El corral de la Cruz en 1632*. Pensado con talento, y hablado con gallardía en lo general, ha complacido al público, aunque es sumamente sencillo en cuanto á su invención y composición. Dividido en dos partes, han sido éstas muy bien ejecutadas inmediatamente antes y después de la comedia *Buen maestro es amor, ó la niña boba*. Al final del *apropósito* recitó perfectamente el señor Romea las tres bellas décimas siguientes, también escritas por el señor Vega:

«Hoy hace trescientos años  
Que por dicha al mundo vino  
El ingenio peregrino  
Pasma de propios y extraños.  
Envuelta en humildes paños  
Oscura y pobre yacía  
La castellana Talía,

Y él la tejió un manto de oro  
Con el fecundo tesoro  
De su rica fantasía.

Con él nuestra gloria empieza:  
Él con su genio sublime  
Al arte español imprime  
El sello de su grandeza.  
Absorta naturaleza  
Y rendida al propio instante,  
Otro aborto semejante  
Tarde á la tierra dará,  
Porque descansando está  
De aquel esfuerzo gigante.

En la celeste mansion  
Donde tu espíritu vive,  
Lope, esta ofrenda recibe  
De entusiasta admiracion.  
Y pues de su postracion  
Hora es ya que se levante  
El Leon de España arrogante  
Plegue al Dios de las victorias  
Darnos para nuevas glorias  
Nuevo Lope que las cante.»

Pero aquí, contra nuestra voluntad, nos vemos  
forzados á interrumpir nuestra revista, larga ya en  
demasía.

DIEGO DE RIVERA.

## MODAS.

*Explicacion del Figurin de detalles, núm. 688, bis.*

NUM. 1. *Redecilla* de guipur blanca, guarnecida de un rizado del mismo punto, al que acompañan sobre la frente algunas lazadas de cinta de seda blanca, que se reproducen por detrás, flotando sus cabos sobre la espalda.

NUM. 2. *Gorra* de muselina, lisa por los lados, y adornada en el centro del fondo de una tira de muselina moteada, orillada de entredoses, tambien bordados: una guarnicion festoneada y bordada acompaña á los entredoses de los lados. Por delante va guarnecida de un rizado de tafetan, color de rosa, con las orillas picadas. Un grupo de lazadas de terciopelo negro, se coloca en la parte superior.

NUM. 3. *Gorra* de tul bordado, para casa, con el fondo caido, y dispuesto en pliegues gruesos: una blonda blanca muy rizada la guarnece, y termina formando el bavolet por detrás: sobre la frente, y un poco al lado izquierdo, se mezclan á esta guarnicion tres lazos de terciopelo azul estrecho, cuya cinta adorna tambien el bavolet, y la parte superior del fondo.

NUM. 4. *Gorra*, para casa, de forma de capucha, con caidas que se anudan por debajo de la barba, guarnecida de dos órdenes de valenciennes encañonados, con un terciopelo verde muy estrechito, que se pasa por un entredos. Por detrás, el mismo guarnecido sirve de bavolet, y lleva una jareta que se tira lo que sea necesario. Sobre la cabeza, é inclinado al lado izquierdo, lleva un grupo de lacitos de terciopelo verde.

NUM. 5. *Cuerpo* de tul negro moteado, para vestir, liso en la parte superior, y plegado en el talle: cada pliegue va separado por un terciopelito morado, orillado de blonda negra estrecha, que sube desde la cintura hasta la mitad del pecho: el escote es cuadrado, y lleva el mismo guarnecido, que adorna tambien el bullonado de la manga, de alto á bajo: el puño es suficientemente ancho, para que pueda pasar la mano, y termina en dos órdenes de blonda negra, separados por un bullon. Este modelo lleva un cinturón de seda morada, cubierto por un entredos.

NUM. 6. *Cuerpo* de muselina lisa, alto y cerrado, adornado por delante con bullones separados entre sí por entredoses bordados, y un plegado grueso por los lados y por detrás: en el escote hay un rizado de valenciennes que baja por todo el delantero. La manga es muy ancha, con dos bullones en el hombro, y otros mas pequeños, separados por entredoses, en el puño, que termina con un rizado de valenciennes.

NUM. 7. *Corbata* de muselina, orillada de un valenciennes estrecho, con las puntas bordadas y adornadas de dos órdenes del mismo encaje, mas ancho.

NUM. 8. *Corbata*, parecida á la anterior, con las puntas redondas, y en ellas un bordado á plumetis sobre valenciennes.

NUM. 9. *Cuello* de muselina lisa, con bullones pequeños, separados por entredoses bordados, que forman dibujo griego: un valenciennes muy fruncido le guarnece.

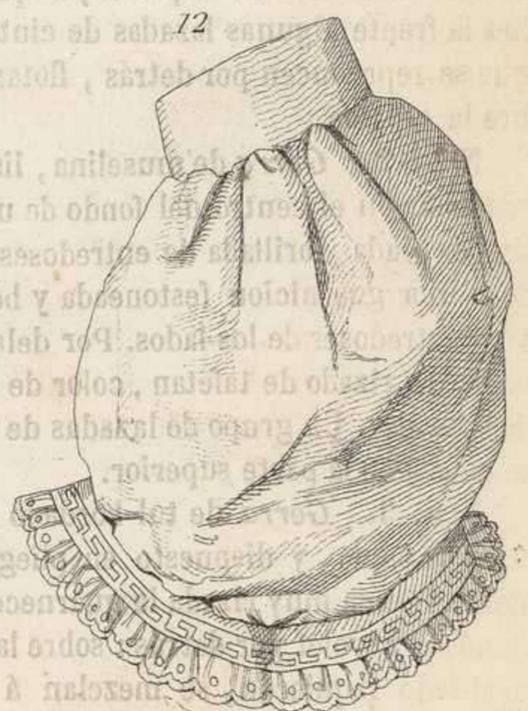
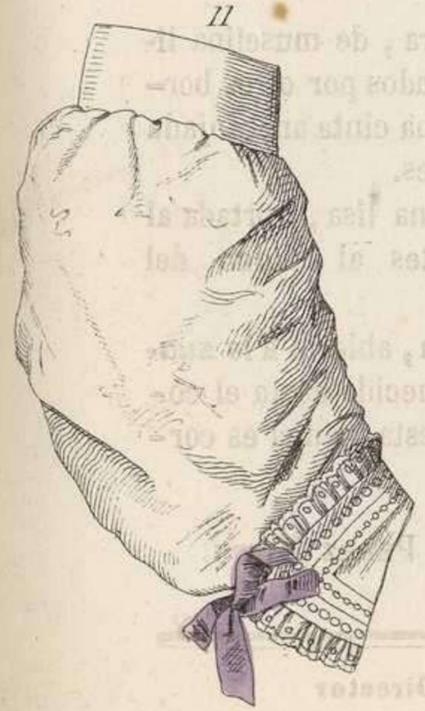
NUM. 10. *Cuello* á la marinera, de muselina lisa, con entredoses de encaje separados por otros bordados, y guarnecido de encaje: una cinta anaranjada sirve de corbata, con lazos grandes.

NUM. 11. *Manga* de muselina lisa, cortada al biés, con vueltas correspondientes al adorno del cuello anterior.

NUM. 12. *Bullon* de muselina, abierto á lo zua-va para que pase la mano, y guarnecido hasta el codo por un encaje y un entredos: esta manga es correspondiente al cuello núm. 9.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director  
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



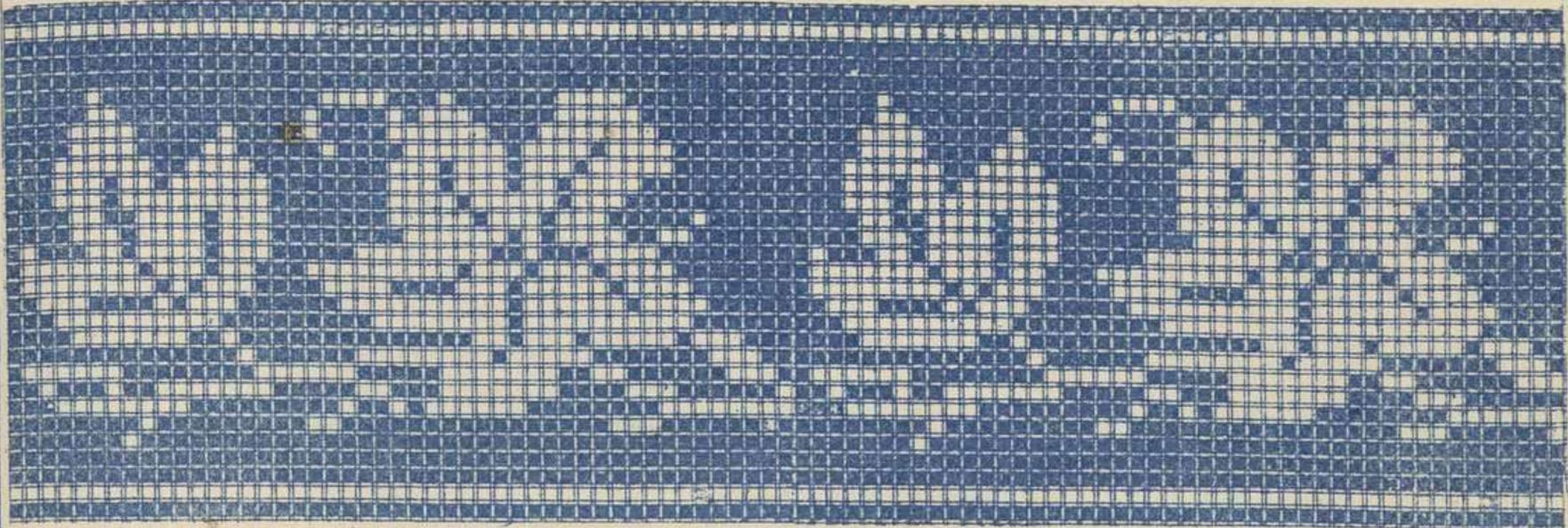
Imp. Legardeux Paris n. r. 5<sup>o</sup> Elzabeth

MADRID: 1882 - Imp. de M. Campo-Redondo - Herrerias 48.

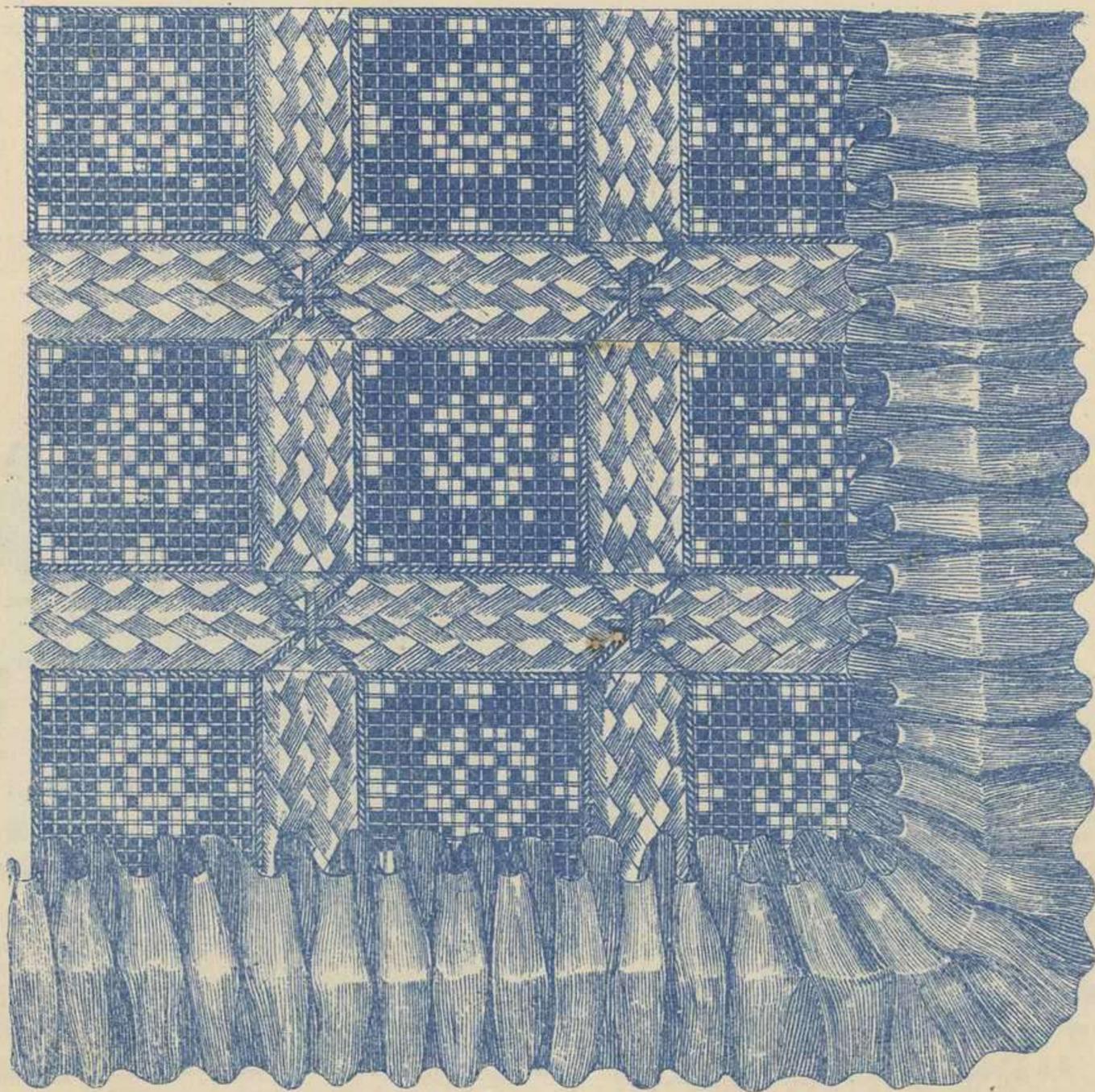




1



2



*Noviembre de 1862.*

*Lit. de Aragon.*

**Correo de la Moda.**  
 Calle de Lope de Vega 10  
 MADRID.

# LE CORRETO DE LA MODA

ALBUM DE MODAS

Modas de la temporada de invierno de 1900

Las siguientes modas se han adoptado en esta ciudad...

El traje de invierno para la mujer debe ser elegante y cómodo. Se recomienda el uso de telas gruesas y cálidas, como el lana y el algodón. El color debe ser sobrio y acorde con la época.

El traje de invierno para la mujer debe ser elegante y cómodo. Se recomienda el uso de telas gruesas y cálidas, como el lana y el algodón. El color debe ser sobrio y acorde con la época.

En cuanto a los accesorios, se aconseja el uso de sombreros grandes y cálidos, como los de lana o de piel. Las guantes deben ser gruesos y cómodos. Las botas deben ser altas y cómodas.

El peinado debe ser sencillo y práctico. Se recomienda el uso de peinados sencillos y prácticos. El maquillaje debe ser sobrio y acorde con la época.

En general, se recomienda un estilo elegante y cómodo. Se debe evitar el exceso de adornos y detalles. El traje debe ser funcional y acorde con la época.

**INSTRUCCIONES**

Las siguientes modas se han adoptado en esta ciudad...

El traje de invierno para la mujer debe ser elegante y cómodo. Se recomienda el uso de telas gruesas y cálidas, como el lana y el algodón. El color debe ser sobrio y acorde con la época.

En cuanto a los accesorios, se aconseja el uso de sombreros grandes y cálidos, como los de lana o de piel. Las guantes deben ser gruesos y cómodos. Las botas deben ser altas y cómodas.

El peinado debe ser sencillo y práctico. Se recomienda el uso de peinados sencillos y prácticos. El maquillaje debe ser sobrio y acorde con la época.

En general, se recomienda un estilo elegante y cómodo. Se debe evitar el exceso de adornos y detalles. El traje debe ser funcional y acorde con la época.